

PENÍNSULA

POR QUÉ FRACASA LA POLÍTICA

BEN ANSELL

**LAS CINCO FALLAS DE
NUESTRO SISTEMA POLÍTICO
Y CÓMO EVITARLAS**

SABEMOS DESDE HACE TIEMPO QUÉ DEBEMOS HACER PARA EVITAR UN DESASTRE CLIMÁTICO. ¿POR QUÉ, SIN EMBARGO, SEGUIMOS POR LA SENDA DE LA AUTODESTRUCCIÓN? LA GRAN MAYORÍA DE LA POBLACIÓN MUNDIAL ASPIRA A VIVIR EN UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA. ENTONCES, ¿POR QUÉ ESTÁ CRECIENDO EL POPULISMO?



A LA VENTA EL 11 DE OCTUBRE

***Autor disponible para entrevistas**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat | Responsable de Comunicación Área de Ensayo

682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es

SINOPSIS

El profesor de Oxford Ben Ansell plantea en este ensayo la respuesta a los problemas de desafección política que padecen las sociedades occidentales, y en particular sobre la distancia que se establece entre los principios que enarbolamos y las acciones políticas de aquellos a quienes elegimos.

Según su tesis, el fracaso de la política radica en lo que define como las cinco principales fallas del sistema, cinco ejemplos de la distancia cada vez mayor entre aquello que decimos ambicionar como sociedad y lo que como ciudadanos estamos dispuestos a ofrecer. Anhelamos la igualdad, siempre y cuando no sea nuestra riqueza la que está en juego; abogamos por la solidaridad, pero más cuando la recibimos que cuando la damos; exigimos más seguridad, pero no a cambio de nuestras libertades, y queremos una economía próspera, pero lo que nos hace más ricos a corto plazo, nos empobrece a largo plazo. Siempre se repite el mismo patrón: nuestro propio interés perjudica nuestra capacidad para alcanzar objetivos colectivos.

Basándose en ejemplos que abarcan desde la antigua Grecia hasta el presente, el profesor Ansell demuestra cómo podemos aprender a vivir con nuestras contradicciones de forma que la política vuelva a gozar del prestigio que atesoró.

EL AUTOR

Ben Ansell es profesor de democracia institucional comparada en el Nuffield College de la Universidad de Oxford. Tras doctorarse en Harvard, enseñó durante varios años en la Universidad de Minnesota, y en 2013 fue nombrado catedrático de la Universidad de Oxford. En 2018 fue elegido miembro de la Academia Británica. Es el investigador principal en el proyecto del Consejo Europeo de Investigación «The Politics of Wealth Inequality» y coeditor de la revista *Comparative Political Studies*, una de las más prestigiosas en su campo. Su trabajo ha sido publicado en *The Times*, *The New York Times* y *The Economist*, entre otros.



PROBLEMAS SENCILLOS, POLÍTICAS IMPOSIBLES

«Este clarividente artículo se publicó en el *New York Times* el 28 de octubre de 1956. Los «últimos sesenta años» de aumento global de las temperaturas a los que se refería Kaempffert eran los que habían transcurrido desde principios del siglo XX, y los fundamentos científicos que cimentaban esas predicciones tenían ya un siglo de antigüedad. [...] Más de seis décadas después, esas advertencias nos parecen mucho más reales. La temperatura mundial es hoy un grado más alta, y el ritmo del cambio se acelera. [...] si el desastre es inminente, ¿qué demonios hemos hecho en las últimas siete décadas? El cambio climático es un problema sencillo pero políticamente endemoniado. Cuando digo «sencillo» quiero decir que el tránsito de A a B — de las emisiones de dióxido de carbono al calentamiento atmosférico global— es directo y está bien estudiado. La solución obvia consiste en reducir las emisiones o incluso eliminarlas. La parte científica la tenemos bien aprendida. Lo que no sabemos es cómo conseguir que alguien actúe en consecuencia, a pesar de que es algo que nos afecta a todos. ¿Por qué hemos demostrado tanta pasividad, si desde hace décadas sabemos que el cambio climático supone una terrible amenaza para la humanidad?»

«El dióxido de carbono es un problema global, pero nuestras políticas nada pueden contra él porque son de ámbito nacional. Si yo contamina más, mis emisiones no pueden contenerse dentro de las fronteras de mi país. Se convierten en un problema también para mis vecinos. Y viceversa. Además, si resulta que soy un país pequeño, es probable que me dé igual si contamina, ya que yo solo no puedo cambiar el clima del planeta. Evidentemente, lo que vale para mí vale también para la mayoría de los demás países. Así pues, todos seguimos adelante como si nada, con la esperanza de que sea otro el que pague los costes que implica reducir las emisiones. Ningún Gobierno mundial puede imponernos sanciones efectivas. Así pues, a falta de un acuerdo internacional, seguimos calentando la atmósfera tan tranquilos. Parece que la política no tiene la entidad necesaria para dar respuesta ni siquiera a una amenaza existencial. O quizá sí. [...]»

«El Acuerdo de Copenhague de 2009, que aspiraba a resucitar el de Kioto, fue un fracaso estrepitoso.[...] **Aunque no sea perfecto, es la prueba de que la política no tiene por qué fracasar.**»

«Todos estos son problemas políticos existenciales, pero no son nuevos. Como especie, llevamos miles de años luchando por alcanzar nuestros objetivos colectivos de democracia, igualdad, solidaridad, seguridad y prosperidad. Y, aparte del cambio climático, tenemos otros grandes retos: desde la pobreza a la polarización, pasando por las pandemias. Necesitamos soluciones. Y aunque la política es imperfecta, puede que sea nuestra última gran esperanza para alcanzar una base común.»

«La palabra *política* está erizada de espinas. Para algunos, hace referencia a las intrigas y la venalidad de los políticos. Para otros, evoca la posibilidad de lograr colectivamente lo que nadie puede hacer por sí solo. O quizá ambas cosas. La política, en origen, alude al hecho de tomar decisiones colectivas. Trata de las promesas que nos hacemos los unos a los otros en un mundo incierto. Y resulta esencial con vistas a resolver nuestros dilemas comunes, desde el cambio climático hasta las guerras civiles, desde la pobreza mundial hasta la pandemia de covid-19. Sin embargo, la política es un arma de doble filo: promete resolver nuestros problemas, pero también crea otros nuevos. **La necesitamos, pero a menudo la detestamos. Buscamos alternativas: mercados eficaces, tecnologías avanzadas, líderes fuertes o íntegros capaces de cumplir con**

lo que predicán; pero sin la política son dioses falsos. Cualquier solución tecnológica, cualquier mercado perfectamente diseñado, cualquier líder virtuoso que hable «en nombre del pueblo» acabará chocando con la tendencia humana a discrepar, disentir y desertar. La política es la manera que tenemos de dirimir estos inevitables desacuerdos. No podemos rehuirla ni desear que desaparezca. »

«¿Hay algo que queramos todos, a pesar de nuestras aparentes diferencias? La mayoría de las personas, por muy polarizadas que estemos a simple vista, coincidimos en algunas cosas. Concretamente, en cinco.»

DEMOCRACIA

«[...] el derecho y la capacidad de la ciudadanía para elegir y reemplazar a sus dirigentes. »

«[...] El 86 % de los encuestados en la Encuesta Mundial de Valores — que sondea las opiniones de quienes viven en países tanto democráticos como no democráticos— piensan que la democracia es una forma “muy” o “bastante” buena de gobernar un país. [...] Sea como fuere, el gobierno del pueblo y por el pueblo, quizá incluso para el pueblo, nos sigue seduciendo.»

«Puede que la democracia sea un ideal muy extendido, pero se halla sometido a una presión cada vez más intensa. A veces, cuando parece que las democracias no son capaces de concluir nada, nos quejamos del caos y la indecisión; otras, cuando los partidos políticos arremeten unos contra otros, tememos la venenosa ira de la polarización política. No obstante, para la mayoría, la democracia sigue siendo esencial a pesar de sus defectos. Averiguar qué es lo que hace que funcione con eficacia constituye uno de los grandes retos de nuestro tiempo.»

IGUALDAD

«Como el de democracia, el concepto de “igualdad” significa cosas distintas en función de cada persona, pero en su raíz se halla la idea de que todo el mundo debe ser tratado del mismo modo, sin favoritismos, con imparcialidad, “por igual”. Muy poca gente defiende sin ambages que las personas deban ser tratadas sistemáticamente de manera desigual, aunque es innegable que el racismo y el sexismo siguen muy arraigados en nuestras sociedades. Pero la igualdad va más allá de los tribunales y el trato justo y se extiende a las oportunidades y los resultados. [...]»

«[...] Quizá a la gente no le guste la desigualdad, pero es evidente que eso no ha impedido que en todo el mundo industrializado repunten las diferencias en cuanto a renta y patrimonio. »

SOLIDARIDAD

«La solidaridad es ese tenderle la mano al conciudadano que atraviesa una mala racha. Con frecuencia debatimos sobre quién debe proporcionar solidaridad y en qué medida, pero lo cierto es que — al margen de si la promueve el Estado o la Iglesia, o de si empieza por los de casa o por los parias de la tierra— siempre ha sido un impulso humano que la mayoría compartimos. »

«A veces la solidaridad global irrumpe de maneras que jamás habríamos imaginado. Hasta hace poco, la salud pública mundial parecía un asunto bastante esotérico: algo que le ocurría a “otra gente” y que se manifestaba sobre todo en la ayuda exterior y la caridad internacional, pero que no generaba una preocupación existencial. La pandemia de covid-19 cambió radicalmente ese equilibrio de riesgos: golpeó por igual a ricos y a pobres [...] Las pandemias no respetan fronteras nacionales. Pero la covid también ha puesto de manifiesto las acusadas disparidades relativas al acceso a la atención médica que existen en distintos lugares del mundo. »

SEGURIDAD

«Como humanos, quizá nuestro deseo primordial sea llevar una existencia segura, sobrevivir. Si en algo estamos de acuerdo, es sin duda en que todos deseamos vivir libres de peligro. Según las encuestas, el 70 % de las personas prefieren la seguridad a la libertad, porcentaje aún mayor en los países que recientemente han sufrido alguna guerra.»

PROSPERIDAD

«Todos queremos suficiente dinero para vivir. A la mayoría nos gustaría tener, por lo menos, lo mismo que tenemos hoy. Y muchos hemos sido afortunados: los habitantes del mundo industrializado vivimos rodeados de lujos que desbordan los más audaces sueños de nuestros antepasados de hace diez generaciones. En una sola generación nos hemos acostumbrado a ser cada vez más ricos. En el conjunto del mundo, el 80% de la gente cree que su vida es igual de buena o mejor que la de sus padres; en China, este porcentaje es del 90%. Pero el crecimiento económico infinito no está exento de detractores. No podemos extraer energía sin que haya consecuencias. [...]»

«[...] En muchos países ricos, como Australia, Alemania e Italia, la población valora la protección del medio ambiente por encima del crecimiento económico en una proporción de dos a uno. Esta disyuntiva empieza a dejarse notar. Quizá todos deseemos la prosperidad global, pero mantenerla depende de que detengamos, o cuando menos reduzcamos considerablemente, la destrucción de nuestro planeta.»

ECONOMÍA POLÍTICA

«Democracia. Igualdad. Solidaridad. Seguridad. Prosperidad. Conceptos estimables todos ellos. Metas en las que la mayoría podemos estar de acuerdo, aun cuando discutamos sobre cuestiones de detalle o acerca de los medios para alcanzarlas. Objetivos colectivos como estos deberían estar a nuestro alcance o, aunque nunca logremos alcanzarlos plenamente, por lo menos deberíamos ser capaces de avanzar en dirección a ellos. ¿Qué nos impide avanzar con determinación hacia nuestros objetivos? ¿Y qué es lo que los pone en peligro? Nosotros. O mejor dicho, nuestra política. En la vida política es donde nuestros intereses individuales chocan con nuestros objetivos colectivos. Y a menudo el interés personal prevalece sobre lo colectivo. Por eso, a pesar de que el planeta se cuece a fuego lento, seguimos exigiendo carburantes baratos para poder ir en coche o tomar un avión a París para pasar el fin de semana. [...]»

«[...] La economía política parte de modelos sencillos basados en individuos con intereses personales y examina cómo esos individuos interactúan y se estorban mutuamente. A partir de ahí, extraemos y desarrollamos modelos matemáticos que expliquen y predigan el comportamiento. Si hacemos esto, no es porque nos mueva una absurda envidia de la física, sino porque estos modelos nos obligan a pensar en las consecuencias de nuestros presupuestos sobre las personas.»

«[...] Y alguien dirá: ¿no es esta una forma muy cínica de ver el mundo? Estudiar el interés personal no implica aplaudirlo; no se trata de dar pautas éticas sobre cómo vivir la vida. El interés personal es una herramienta analítica útil, y conforma la base de las teorías que elaboramos para explicar el comportamiento humano. La economía política utiliza el modelo del interés personal no solo para describir, explicar y predecir el comportamiento individual, sino también para recomendar medidas a los Gobiernos, medidas que sean capaces de mejorar la vida de la gente, aunque cada persona tenga sus propios intereses. »

«[...] Los pilares de la economía política no se basan simplemente en suponer que las personas tienen preferencias y eligen su opción preferida. Ello nos llevaría a una conclusión bastante trivial: que la gente elige tener lo que quiere en el máximo grado posible. Tener ingresos más altos me hace más feliz. Y mi felicidad aumenta cuanto más aumentan mis ingresos. Hasta el infinito y más allá. Cabe suponer que hay algo que nos impide obtener una utilidad cada vez mayor. Y ese algo es el mundo que nos rodea.»

«Las personas siempre encuentran algún tipo de limitación que les impide conseguir exactamente lo que quieren. Estas limitaciones pueden ser físicas (las reservas de gas natural o de oro de nuestro planeta son finitas), institucionales (puedo maximizar mis ingresos atracando todos los bancos del país, pero la ley acabará imponiéndose y me impedirá alcanzar ese objetivo) o, en muchos casos, sociales (el comportamiento de otras personas pondrá límites a lo que yo pueda conseguir). Las limitaciones nos obligan a hacer concesiones. Nadie puede tener todo lo que quiere, por tanto hay que decidir qué estamos dispuestos a sacrificar. Esta clase de disyuntivas forman parte de la vida cotidiana.»

«La vida política está repleta de disyuntivas. Cuando voy a votar, decido entre un candidato u otro. De forma implícita, también estoy renunciando a las cosas que me gustan de un partido por las cosas que me gustan de otro. Por ejemplo, puedo querer que bajen los impuestos pero al mismo tiempo tener ideas muy progresistas en el plano social. El que yo pueda votar a los laboristas o a los conservadores en el Reino Unido, al Partido Republicano o al Demócrata en Estados Unidos, o al Partido Socialista, a En Marcha o a Los Republicanos en Francia, depende de cómo pondere mis preferencias. »

«Los políticos también actúan de forma interesada. Los congresistas estadounidenses se quejan a menudo de que gran parte del tiempo que podrían dedicar a hacer política lo emplean en telefonar a posibles donantes. ¿Por qué no sueltan el teléfono y hacen lo que se supone que debe hacer un legislador? Porque si no se ganan elecciones, no se puede legislar. Y para ganar elecciones hace falta el apoyo de los electores. ¿Y cómo saben los electores a quién votar? Pues porque han visto la propaganda de campaña, que cuesta dinero tanto a los aspirantes como a quienes buscan la reelección. Por eso todos los candidatos se ven abocados a una carrera armamentística electoral. No es que los políticos sean venales o idiotas (aunque algunos lo sean); lo que explica su comportamiento son las disyuntivas y los sacrificios que se les imponen si quieren salir elegidos.»

«Pensemos, por ejemplo, en la educación. La mayoría de las encuestas reflejan un alto nivel de apoyo al gasto público en educación. Quizá ello se deba a que es verdad que la gente desea más inversión. O quizá les da reparo admitir ante los entrevistadores que la financiación de los centros educativos les da un poco igual. Sin embargo, si escarbamos bajo la superficie, encontramos diferencias bastante notables entre la gente, diferencias que coinciden de pleno con el vil interés personal. En concreto, la ampliación de la enseñanza pública hace que las personas más ricas se sientan amenazadas, ya que no solo deben pagar más impuestos para educar a los hijos de otros, sino que además esos estudiantes saldrán a competir con sus propios hijos en el mercado laboral. La inversión en educación «perjudica» a los ricos por partida doble.»

LA POLÍTICA COMO PROMESA

«[...] si vamos a lo fundamental, la política consiste en hacer *promesas*. Las personas nos hacemos promesas a todas horas. Acordamos con tal persona que haremos tal cosa. Le prometemos a nuestra pareja que iremos de vacaciones a un lugar tranquilo. Le prometemos a nuestro jefe que terminaremos la tarea a tiempo. Las promesas no siempre persiguen fines loables: los jefes mafiosos también hacen promesas, como la de pegarle un tiro en la rodilla al comerciante que se niega a pagar la protección. Pero todas estas promesas son a

título individual. La política trata de cómo funcionan las promesas colectivas: las que los políticos hacen a los votantes, los presidentes a los Parlamentos, los aliados a los adversarios. Una promesa es un acuerdo para hacer algo en el futuro. Lo que la diferencia de un contrato es que ningún tercero puede obligarnos por ley a que la cumplamos. A veces las promesas no se cumplen, y cuando eso ocurre no cabe recurso alguno. Si tu pareja falta a una promesa, es asunto vuestro. En la vida política tampoco existen garantías que permitan recurrir el incumplimiento de una promesa. Si un Gobierno no se ajusta a su programa, no podemos demandarlo.»

«La política se erige sobre promesas inciertas porque no hay instancia más alta que la propia política. La política puede crear sistemas jurídicos que fiscalicen nuestras interacciones económicas y sociales, pero no es posible hacer lo mismo con la política en sí. En última instancia, cada decisión que tomamos sobre quién debe ejercer el poder, quién tiene qué derechos y obligaciones, conlleva otro conjunto de promesas. Nada externo a la política puede obligarnos a cumplirlas. Es más, la política es un constructo social y contingente. Las decisiones políticas no pueden ser permanentes. Al igual que las promesas, las decisiones políticas solo tienen sentido en nuestra mente, y pueden hacerse y rehacerse.»

«A lo largo de este libro veremos que la política puede hacer promesas que nos ayuden a alcanzar los cinco objetivos que hemos enumerado antes: democracia, igualdad, solidaridad, seguridad y prosperidad. Pero estas promesas pueden ser frágiles y efímeras.»

«Nos hacemos promesas a todas horas. Y luego intentamos incumplirlas. Así pues, ¿cómo podemos hacer que nuestras promesas políticas sean más efectivas? ¿Por qué fracasa la política? ¿Y cuándo puede triunfar? Las promesas políticas triunfan cuando el mero hecho de hacerlas da pie a que se cumplan. Cuando se trata de resolver problemas de acción colectiva, es preciso que nuestras promesas lleven en sí el germen de su materialización. Debemos dificultar su incumplimiento. Y la mejor manera de hacerlo es tratar de fomentar su permanencia estableciendo instituciones políticas (reglas y principios formales) y desarrollando normas sociales (expectativas informales sobre cómo debemos comportarnos). Estas instituciones y normas perdurarán más allá del instante de su creación: son el bosque frondoso que nace de las semillas de las promesas políticas anteriores. »

«[...] Una simple votación popular entre dos opciones había derivado en un enredo morrocotudo una vez constatado que había muchas más de dos formas de “hacer el Brexit”. El proyecto de ley de Theresa May garantizaba, en efecto, la salida formal de la Unión Europea, tal y como habían exigido los ciudadanos. El problema residía en el “cómo”. A veces la democracia pone las cosas bien difíciles.»

«En general, defendemos la democracia como principio, pero a menudo resulta imposible trasladarla a la práctica. Y aquí reside el meollo de la trampa de la democracia: *la “voluntad del pueblo” no existe*. El pueblo británico había expresado su voluntad, pero el Parlamento era incapaz de cumplirla. Incluso reduciendo la democracia a la dicotomía “irse/quedarse”, parecía imposible saber cómo aplicarla. Y la vida suele ser más compleja que una simple pregunta de “sí” o “no”: existen un sinnúmero de disyuntivas, diferentes maneras de llevar a cabo un mandato. Por tanto, cuando llegó el momento de ejecutar el Brexit, ¿hubo realmente una «voluntad popular» clara? Parece ser que no.»

«Para Schumpeter, por importantes que pudieran ser otros de sus rasgos, la esencia de la democracia consistía en ser un sistema “en el que, a través de una lucha competitiva por el voto del pueblo, los individuos adquieren el poder de decidir”. Esta sencilla frase tiene tres grandes implicaciones. Primera, el “voto del pueblo”: la masa es en última instancia quien gobierna. Segunda, la “lucha competitiva”: no tiene sentido que la sociedad vote si solo se

puede votar por una opción. Y tercera, “adquirir el poder de decidir”: tampoco tiene sentido votar si el candidato ganador no puede hacer nada. Nótese que nada aquí garantiza que las democracias tengan buenos políticos, pero por lo menos “el pueblo” podrá destituirlos si resultan ser nefastos. Como idea no parece demasiado brillante, y eso explica el irónico aforismo de Churchill; pero pensemos qué ocurriría si incumpliéramos cualquiera de estas tres máximas democráticas. [...]»

«Por consiguiente, la democracia consiste, en esencia, en que el pueblo vote, en que haya competencia entre los posibles representantes y en que las elecciones tengan incidencia en las políticas que luego se adopten. Alguien puede creer que es una definición excesivamente minimalista, pero una vez sentadas las bases más elementales — elecciones libres, justas y competitivas para decidir quién gobierna— seguimos encontrando un enorme número de diferencias *entre* las distintas democracias.»

«Existe, pues, una paradoja en el corazón de las democracias liberales en las que viven la mayoría de las personas que leerán este libro. Para escapar de la trampa de la democracia, tenemos que domeñar la democracia con instituciones y normas que no se limiten a satisfacer la voluntad de los ganadores de las elecciones. El gobierno del pueblo no puede estar totalmente libre de restricciones. Es más, para que la democracia funcione, debemos restringirla. Estas normas e instituciones pueden ayudarnos a evitar el caos y la polarización, y a impedir que la política fracase.»

«Si la democracia es tan deseable, ¿por qué cuesta tanto adoptar decisiones democráticas? Los problemas de la democracia se derivan del hecho de que los países no son como las personas. Son más bien agrupaciones de individuos con intereses personales. Y la manera en que tomamos decisiones individuales no es análoga al proceso de toma de decisiones colectivas. De hecho, los incentivos personales destinados a conseguir lo que cada uno quiere pueden impedir que lleguemos a acuerdos, y cuando eso sucede es cuando la política fracasa. Nos vemos atrapados en la trampa de la democracia: *la “voluntad del pueblo” no existe.*»

«[...] La idea de que existe una “voluntad del pueblo” tiene una larga historia. Hasta mediados del siglo XX, la mayoría de los grandes debates — el choque entre nacionalismo, liberalismo y comunismo— giraban en torno a quién representaba, o qué era, la voluntad de la sociedad. La posibilidad de que no existiera apenas se planteaba, por eso no debe sorprendernos que la gente siga sintiéndose atraída por los líderes “fuertes” o “íntegros” que afirman defenderla.»

«Pero la mayoría de las veces no estamos de acuerdo. En tal caso, ¿cuántas personas tienen que estar concordes para decir que la democracia produce la “voluntad del pueblo”? Depende de cómo definamos esa voluntad. Podemos ser hiperinclusivos y afirmar que la voluntad popular solo existe cuando todo el mundo está de acuerdo. O podemos ser hiperexcluyentes y sostener que basta con que lo esté una mayoría simple. La historia nos muestra los peligros de ambos planteamientos.»

«¿Y qué hay del otro extremo, en el que los países toman decisiones conforme al designio de exiguas minorías apelando a la voluntad del pueblo? Es tanto lo que está en juego en estos casos que hasta los resultados electorales se convierten en objeto de disputa: quienes pierden atacan su legitimidad; quienes ganan no se detienen ante nada para compensar su estrecho margen de victoria.»

«Podríamos llamar a esto el “problema del consentimiento del perdedor”. ¿Acatará la parte perdedora el resultado o gritará que ha habido trampa? Eso dependerá, en parte, de cómo reaccione el ganador o, mejor dicho, de cuál crea el perdedor que será la reacción del ganador. Un ejemplo clásico es lo que ocurrió en España en 1936, el año en que el Frente Popular derrotó a la oposición conservadora por un estrecho margen. Antes de las elecciones, ambos bandos

habían declarado la inevitabilidad de una guerra civil si ganaba el otro. Tras la victoria de la coalición de izquierdas, la derecha, resentida, conspiró para derrocar al Gobierno, lo cual desembocó en una guerra civil y treinta y seis años de Gobierno del general Franco. Como vemos, el gobierno de la mayoría no garantiza la “voluntad del pueblo”. A veces, quienes ganan unas elecciones por un margen mínimo compensan con creces la estrechez de su victoria gobernando como si hubieran arrasado en votos. Otras, son derrocados. Y en otras, nadie se pone de acuerdo en nada.»

«Una de las razones por las que ha sido tan difícil resolver el Brexit es que muchas personas tienen “preferencias multimodales”. Prefieren cualquiera de los extremos a una solución de compromiso. En nuestro ejemplo, los espartanos preferían la salida sin acuerdo o el referéndum antes que un plan a medio camino como el que proponía May. Las preferencias por los extremos también son habituales en tiempos de guerra, ya que algunas personas prefieren la retirada o la guerra total a una intervención más contenida; en Estados Unidos, el conflicto de Vietnam a menudo se ha descrito de esta manera.»

«¿Qué diantre estaba pasando? La razón por la que nadie se ponía de acuerdo en Bélgica era que existían diferencias de base en materia de economía, derechos regionales, lengua e incluso sobre la conveniencia de amnistiar a los colaboradores nazis flamencos. Como todos los partidos habían obtenido un porcentaje de votos similar, cualquiera podía ser un posible socio de coalición, y eso significaba que todos tenían derecho de veto. Como los partidos diferían en tantos puntos, cualquiera podía echar por tierra una coalición que no fuera de su agrado buscando algún asunto en el que estuviera de acuerdo con algunos partidos pero en desacuerdo con otros. Así, cada vez que las cosas parecían encarrilarse, podía aparecer una nueva excusa que lo echara todo a perder. Hay otra razón por la que es difícil tomar decisiones colectivas. Hay otra razón por la que es difícil tomar decisiones colectivas. Se trata de la quinta condición de Arrow, la “independencia con respecto a las alternativas irrelevantes”: la elección entre dos opciones no debe verse afectada por la presencia de una tercera opción sin relación con ellas. Si estuviéramos en un restaurante, sería como preferir el filete a la langosta pero, al oír que el camarero anuncia que también hay lubina, elegir la langosta.»

«[...] Cualquier sistema de votación en el que existan al menos tres opciones y no haya restricciones a las preferencias de la gente, o bien es dictatorial, o bien se expone al voto estratégico, lo cual significa que casi todas las formas de votación — a excepción del referéndum— son manipulables.»

«Si detrás de cada sistema de votación acecha el caos, ¿por qué la mayoría dan la impresión de ser estables? La política estable siempre es posible, pero solo cuando limitamos el abanico de opciones a disposición de la gente o los tipos de votación que pueden adoptarse. Tenemos que imponer restricciones y estructura a la política. Solo manteniendo a la democracia en cadenas podemos acabar con el caos que provocan los círculos viciosos. En los países ricos, gran parte de la política gira en exclusiva en torno a una dimensión competitiva en la que un único elemento lo mueve todo.»

«Pero aquí está el truco: el coste en fichas de los votos es creciente. El primer voto cuesta una ficha, pero el segundo — para esa misma elección— cuesta cuatro (dos al cuadrado) y el tercero, nueve (tres al cuadrado). Como el coste de cada voto se eleva al cuadrado, los autores llaman a esto “votación cuadrática”. Cuanto más queremos algo, más tenemos que pagar por ello.»

«La tecnología tampoco puede resolver el problema del caos. Podemos utilizar algoritmos para estructurar nuestras preferencias políticas y averiguar qué puede gustarnos cuando surge alguna novedad: internet está lleno de aplicaciones que nos ayudan a averiguar cómo votar en las elecciones, tanto las municipales como las generales. Estas aplicaciones pueden ayudarnos a

tomar decisiones racionales de forma individual. Colectivamente, no obstante, pueden seguir fomentando el caos: la tecnología no puede abolir el teorema de imposibilidad de Arrow.»

«Dado que no podemos evitar la política, ¿cómo podemos moldearla para que la democracia funcione? Tenemos que diseñar instituciones políticas y desarrollar normas sociales que nos ayuden a rehuir el caos y limitar la polarización. Empecemos por el caso más fácil: cuando ya estamos de acuerdo. La trampa de la democracia se acciona porque rara vez estamos de acuerdo. Pero ¿existe alguna manera de contribuir a que la gente alcance un punto de vista común? Cuando estamos de acuerdo, no tenemos que preocuparnos por las sutilezas de los sistemas de votación, ya que todos arrojarán el mismo resultado: aquel en el que estamos de acuerdo. Suena un poco ingenuo, en plan “paz y amor”. Lo que pasa es que un grupo puede ser más que la suma de sus partes. A veces puede hacer que todos sus integrantes encuentren la respuesta correcta. Aunque otras veces puede hacer que la gente cambie de opinión.»

«¿Cómo podemos escapar de la trampa de la democracia? La democracia sin restricciones provoca caos o polarización. Todos y cada uno de nosotros tenemos incentivos para urdir estrategias con el fin de adulterar las decisiones colectivas o defender nuestros intereses, sea cual sea el coste para los demás. Por consiguiente, si queremos que la democracia conserve su brío, su capacidad de rectificación y su aptitud para proporcionar un autogobierno significativo, sin que por ello se vuelva inestable y volátil, necesitamos limitarla. **Las soluciones que hemos examinado proporcionan una estructura para la toma de decisiones democrática, ya sea de manera formal, a través de instituciones políticas, o informal, a través de normas de comportamiento. Algunas de estas instituciones — la parte “liberal” de la “democracia liberal”— son contramayoritarias: tribunales para proteger los derechos, organismos independientes, y prensa para vigilar y exigir responsabilidades a los Gobiernos. Pero no es preciso recurrir a instituciones antidemocráticas para limitar la democracia. Podemos mejorar la democracia con más democracia.»**

Igualdad

«En julio de 2021, al aterrizar tras un breve vuelo privado por el espacio a bordo de una nave desarrollada por su propia compañía aeroespacial, Jeff Bezos, a la sazón el hombre más rico del mundo, quiso pronunciar unas palabras: “Quiero dar las gracias a todos los empleados y clientes de Amazon, porque todo esto lo habéis pagado vosotros — dijo durante la rueda de prensa celebrada después del vuelo—. Lo digo en serio: mil gracias de todo corazón a todos los clientes y empleados de Amazon. Os lo agradezco mucho”. Los empleados de Amazon trabajan en un nivel bastante menos galáctico que Jeff Bezos. Según la BBC, Bezos “gana el salario anual del empleado estadounidense medio de Amazon cada diez segundos”. Dicho de otro modo, sus ingresos son más de tres millones de veces más altos que los de ese empleado tipo.»

«[...] No es ninguna sorpresa que el eslogan “Somos el 99%” se convirtiera en el lema del movimiento Occupy contra la desigualdad. Aunque quizá el eslogan debería haber dicho “el 99,9 %”. En 2018, el 0,1 % más rico de los estadounidenses — es decir, la milésima parte del país— poseía casi el 20 % de la riqueza total: 70 millones de dólares por cabeza. Jeff Bezos tenía un buen número de compañeros multimillonarios y megamillonarios. ¿Cómo ha llegado Estados Unidos a esta situación? ¿Por qué no ha habido una reacción política eficaz contra esta abismal desigualdad? Por muy rico que sea el 1%, debería ser imposible que se impusiera al 50 % más pobre en unas elecciones democráticas. Pero da la impresión de que en Estados Unidos la política ha fracasado: más que limar la desigualdad, la ha consolidado.»

«¿Por qué la política estadounidense no ha sabido dar respuesta a la desigualdad? Estados Unidos se ha quedado atrapado en la trampa de la igualdad, según la cual *la igualdad de derechos y la*

igualdad de resultados son mutuamente excluyentes. La igualdad de libertades económicas que los estadounidenses tanto estiman ha dificultado la lucha contra la desigualdad de resultados. Y los incentivos individuales de cada cual — desde el ciudadano común y corriente hasta los políticos y los multimillonarios— han hecho difícil escapar de la trampa. Y esto nos lleva de nuevo a Jeff Bezos.»

«[...] Esto plantea una pregunta bastante obvia: ¿por qué la mayoría de las democracias, incluida la estadounidense, no tienen un impuesto sobre el patrimonio? Muy poca gente lo pagaría y mucha se beneficiaría. ¿Acaso la igualdad política de la democracia no debería poner coto a la desigualdad económica? ¿Por qué nos falla aquí la política? Cobrar impuestos a los multimillonarios choca con la trampa de la igualdad. Todos queremos gozar de los mismos derechos para gastar en lo que nos plazca, trabajar donde queramos y votar como nos venga en gana. Pero esta igualdad de derechos impide garantizar que la distribución de las rentas, los recursos y las oportunidades sea equitativa. **Es más, a menudo la empeoran, porque nuestros incentivos individuales juegan en contra de la igualdad de resultados colectivos. Los multimillonarios tienen los mismos derechos económicos que cualquier hijo de vecino para elegir cómo gastar su dinero, dónde vivir y cómo comportarse. Y esto hace que sea difícil imponerles gravámenes eficaces con los cuales conseguir igualdad de resultados.**»

«Las desigualdades económicas que se derivan de conceder a todo el mundo idénticos derechos económicos alteran el núcleo mismo de nuestro sistema político y hacen que sea mucho más difícil legislar para obtener resultados más igualitarios.»

«¿Cómo poner freno a los excesos del capitalismo conservando a la vez nuestras libertades democráticas? Puesto que forzar la igualdad total puede implicar una restricción de derechos, pocos estamos dispuestos a ir tan lejos. Lo que nos gustaría es empezar a cerrar las brechas, cada vez más amplias, que existen entre ricos y pobres en los países adinerados, para así combatir la desigualdad y evitar que subvierta nuestras democracias. Escapar de la trampa de la igualdad es posible: algunos países, como los escandinavos, combinan unos ingresos mucho más igualitarios con una cultura democrática vibrante y liberal. Pero eso es algo que no puede lograrse al margen de la política.»

«[...]¿Cómo podemos escapar de la trampa de la igualdad? No vale improvisar parches. Si el capitalismo tiende de manera natural a una acumulación cada vez mayor, entonces la política tiene que ejercer una labor constante de contrapeso, pero sin caer en la expropiación. Para ello, tendremos que crear instituciones estables capaces de resistir los flujos del ciclo electoral.»

«Pero también hemos visto que las auténticas diferencias en términos de igualdad entre países se producen *después* de que el sistema fiscal intervenga. Si queremos reducir la desigualdad en el nivel de vida de las personas, necesitamos sistemas fiscales sólidos y transparentes. Es improbable que volvamos a la época de los tipos impositivos del 90 %, como en los años sesenta (lo cual, como es obvio, tampoco sería muy atinado). Así pues, para hacer frente a la creciente desigualdad, mejor sería centrarnos en el patrimonio, que es donde las disparidades siguen siendo perniciosamente altas.»

«Escapar de la trampa de la igualdad también exige que nos tomemos en serio las normas que sigue la mayor parte de la ciudadanía en las democracias capitalistas. Los impuestos no suelen ser populares, pero lo que a la gente le molesta en especial es la idea de la doble imposición y que el esfuerzo quede sin recompensa, razón por la que centrar los impuestos en las ganancias imprevistas sería lo más eficaz.»

«[...] **las normas relacionadas con la educación también son importantes. Si quienes se benefician de una educación de élite consideran que su posición es totalmente meritocrática, ignorando las ventajas que les permitieron recibirla, pueden acabar alzándose barreras**

educativas donde antes había barreras de clase. Si queremos igualdad y eficacia, tenemos que desarrollar sistemas educativos que no se limiten a enviar a la universidad a la mitad de los estudiantes y a abandonar al resto a su suerte.»

«La vida es injusta. Hay personas que enferman y no solo pierden la salud, sino también su medio de vida. Cuando cierra una fábrica, los trabajadores se quedan sin empleo. Hay niños que nacen en la pobreza y estudian en colegios con niveles alarmantes de fracaso escolar. Reconocemos que la suerte — en la salud, en el trabajo, en la familia— desempeña un papel determinante en nuestra vida. Ansiamos algún tipo de seguridad, alguna protección frente a las vicisitudes de la fortuna. Pero ¿cómo debe ser esta protección? ¿Y quién debe proporcionarla? Hace cien años, para la mayoría de la gente, la respuesta era la familia, y quienes no podían contar con ella tenían que arreglárselas solos. Hoy, ese papel lo desempeña el Estado.»

«La solidaridad es una forma de caridad o de seguro entre personas de una misma comunidad. Hoy en día, la mayoría de la gente está de acuerdo en que las comunidades tienen responsabilidades para con sus miembros menos afortunados. Las discrepancias surgen cuando hay que decidir si el Estado o la sociedad en general deben ser responsables de llevar la solidaridad a la práctica.»

«¿Por qué nos resulta tan difícil cuidar al prójimo? Gran parte de la polarización política actual tiene que ver con lo que hacemos para cuidarnos los unos a los otros. Los partidos políticos afirman valorar la solidaridad, pero tienen filosofías muy distintas sobre cómo debe suministrarse. ¿A través de la familia, la Iglesia y la comunidad? ¿O a través del Estado? ¿En cantidades exiguas y como último recurso? ¿O como un generoso derecho social de toda la ciudadanía? Pese a que estamos de acuerdo en que cierto tipo de solidaridad es deseable, discrepamos acerca de quién debería recibirla o de si en el fondo queremos financiarla. La política fracasa porque cuando intentamos cuidar del prójimo, caemos enseguida en la trampa de la solidaridad: *la solidaridad solo nos importa cuando la necesitamos.*»

«El problema principal es que no podemos conocer de antemano toda la historia de nuestra vida. No sabemos cuándo podemos vernos en apuros — sin empleo, sin recursos— y necesitar ayuda pública. El sesgo del optimismo nos induce a pensar que es improbable que necesitemos ayuda. Pero la mayoría la necesitaremos. Tampoco es fácil saber si, a lo largo de la vida, seremos contribuyentes netos, es decir, si daremos más de lo que recibiremos. Cuando el mal ya está hecho, a todo el mundo le gustaría haber tenido un seguro. »

«Los límites de la solidaridad son otro dilema. No todo el mundo se refiere a lo mismo cuando habla de “nosotros”. Las diferencias étnicas, religiosas, lingüísticas y nacionales pueden imponer límites insuperables a la concepción de la solidaridad de determinadas personas. En casos extremos, la animadversión hacia el “otro” puede impedirnos apoyar medidas que nos beneficiarían directamente.»

«Tres letras han cautivado la imaginación de los reformistas en la última década: RBU. La renta básica universal ha aglutinado a una insólita coalición de partidarios: desde activistas contra la pobreza en la izquierda hasta pesos pesados de Silicon Valley en la derecha libertaria. Su implantación se ha ensayado en lugares de lo más variopinto, desde Oakland hasta Finlandia, desde España hasta Sierra Leona; y se ha propuesto como solución a una letanía de problemas propios del siglo XXI, desde la recuperación posterior a la pandemia de covid-19 hasta la sustitución de los trabajadores por robots. ¿Es la RBU la panacea universal? ¿Puede ayudarnos a escapar de la trampa de la solidaridad?»

«[...] El universalismo no es una solución para todo. ¿Y si hubiera un límite inherente a lo que podemos ofrecer? Hay servicios públicos que resulta imposible prestar a todo el mundo, por lo menos sin alterar fundamentalmente su esencia. El ejemplo más patente es la enseñanza superior pública de élite, difícil de universalizar por dos razones. La primera es logística: no es factible que una sola universidad de prestigio pueda educar a todos los alumnos que terminan la secundaria en un estado o país.»

«[...] A pesar del éxito de estos programas, la trampa de la solidaridad sigue al acecho. Por un lado, estas nuevas normas podrían ser manipuladas por padres con mentalidad estratégica. ¿Queremos que nuestro hijo entre en la Universidad de California o en la Universidad de Texas en Austin? Podemos mudarnos a un distrito escolar más flojo, donde es probable que figure entre los mejores de la clase. Los inconvenientes de semejante estrategia saltan a la vista: trasladar a toda la familia no es sencillo, y no hay garantías de éxito. »

«Escapar de la trampa de la solidaridad requiere que amplíemos nuestra noción del “nosotros”. **Muchos problemas relacionados con la solidaridad obedecen a una concepción estrecha del bien común a través del tiempo y entre grupos de personas. Nuestras soluciones pueden exigir que cambiemos algunas normas sociales; por ejemplo, las que determinan quién cree la gente que forma parte de la comunidad. Esto implica superar divisiones étnicas, religiosas y lingüísticas dentro de un mismo país. La tarea no es nada sencilla, pero el ejemplo del nacionalismo cívico nos muestra una vía de escape. Hacer hincapié en el carácter nacional de la solidaridad puede unir a grupos diferentes.»**

«También podemos estructurar nuestras instituciones para vender mejor las virtudes de la solidaridad. Pensemos, por ejemplo, en el estado de bienestar universal sueco, que triunfa porque es expansivo y visible, no algo soterrado. Si en lugar de disimular la financiación pública mediante deducciones ayudáramos a la gente a entender qué es lo que paga con sus impuestos, el apoyo a lo público se afianzaría en lugar de debilitarse. Quienes defienden un mayor apoyo público a la solidaridad tienen que ser abiertos y transparentes en lo referente a lo que paga la ciudadanía, en lugar de ocultarlo a golpe de legislación fiscal.»

Seguridad

«Para David, eso significaba quedarse confinado durante dos meses en su minúsculo apartamento de Roma. Desde la ventana contemplaba las calles vacías. Veía a los *carabinieri*, con su uniforme azul, parando a todos los transeúntes para preguntarles qué motivo tenían para estar en la calle y acompañarlos a sus casas si la explicación no era satisfactoria. A medida que las restricciones se endurecían, la policía se envalentonaba e imponía el confinamiento por la fuerza, si era preciso. En algunos casos se llegó a extremos cómicos: circularon vídeos de agentes utilizando drones y *quads* para capturar a un bañista solitario en una playa.»

«Tanto si se le impedía salir de su edificio bloqueando las puertas con una barra de metal como si se la coaccionaba mediante una aplicación de teléfono móvil, la gente no tenía más opción que cumplir la normativa, le gustase o no. El Estado contaba con la ayuda del recuerdo, todavía fresco, de la epidemia de SARS, que en 2003 había matado a varios miles de personas, y, en las zonas rurales, con el recelo hacia los forasteros. [...] **Tanto el Estado como la ciudadanía optaron por la seguridad por encima de la libertad. Y funcionó.** A finales de año, la vida había vuelto a la normalidad en Wuhan: se levantaron las restricciones, reabrieron las tiendas y la gente salió»

«Durante la pandemia del coronavirus, Estados Unidos nunca dispuso de un paquete único de normas federales relativas al distanciamiento social. Cada estado establecía normas en función de sus necesidades sanitarias y de acuerdo con las ordenanzas locales. Lo cual quiere decir que el

“laboratorio de la democracia” — como suele llamarse al laxo federalismo estadounidense— corría el peligro de sufrir un accidente de laboratorio. [...] Dakota del Sur es uno de esos estados que se toma la libertad muy en serio. Sus habitantes se consideran una comunidad segura y autosuficiente, por lo que las mascarillas, las consignas de “quédate en casa” y demás normas de salud pública eran vistas con escepticismo.»

«¿Valía la pena semejante nivel de inseguridad a cambio de la libertad? En cada uno de estos tres países, la ciudadanía se enfrentó a la trampa de la seguridad, según la cual *no se puede evitar la anarquía sin exponerse a la tiranía*. En cada caso, sin embargo, las decisiones que se tomaron fueron muy distintas. »

«Para la mayoría, trasladarnos a una ciudad estatutaria no parece una solución viable a los dilemas que se derivan de la trampa de la seguridad. Lo que nos preocupa es que *nuestra* policía se extralimite en sus funciones. Lo que queremos es que *nuestras* calles estén ordenadas y que *nuestros* conciudadanos obren adecuadamente. ¿Qué podemos hacer si no queremos caer en la trampa? La trampa de la seguridad nos plantea dos problemas: la amenaza de la tiranía y el caos de la anarquía. Resulta tentador creer que podemos resolver ambos extremos sin enredarnos haciendo política. Pero las alternativas no son muy prometedoras. Cuando la sociedad parece anárquica, la gente suele reclamar un «líder fuerte» que sea capaz de dejar la política a un lado y hacer que las cosas funcionen. Sin embargo, en cuanto ocupan el cargo, estos líderes — desde Vladímir Putin en Rusia hasta Recep Tayyip Erdoğan en Turquía— reprimen las protestas pacíficas y neutralizan cualquier clase de oposición. Y así, en lugar de anarquía, lo que obtenemos es tiranía.»

«Vivimos en un mundo que se caracteriza por una vigilancia masiva y constante gracias al desarrollo de la tecnología de vídeo y la inteligencia artificial. A medida que el panóptico ve adónde vamos y qué publicamos en internet, la anarquía va desapareciendo poco a poco de nuestra vida cotidiana. Esto puede hacer que vivamos más seguros si los delincuentes son captados por las cámaras de seguridad, o los terroristas, expulsados de los grupos de chat, pero al mismo tiempo salta a la vista cómo la vigilancia se torna en tiranía siguiendo el modelo chino del crédito social. Si ya es demasiado tarde para revertir esta tendencia, tendremos que diseñar instituciones que sirvan de contrapeso frente a quienes nos vigilan. **Si vamos a crear instituciones que nos observen con el fin de acabar con la anarquía, debemos crear también otras que vigilen a nuestros vigilantes.**»

«[...] Necesitamos transparencia en relación con las nuevas herramientas de observación que emplea el Estado: que los algoritmos utilizados para predecir la delincuencia se pongan a disposición pública, que se supervise el uso del reconocimiento facial en tiempo real, que haya imágenes por satélite de las operaciones militares. Si queremos que las actuaciones policiales sigan rigiéndose por el consentimiento y que la sociedad civil tenga control sobre el ejército, necesitaremos mecanismos claros de rendición de cuentas y que desde la política se impida que haya encubrimientos entre los miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad.»

«La prosperidad, dicho en breve, es la “buena vida”. El hecho de tener suficiente para darse por satisfecho. Quizá también el poder asegurarles una vida mejor a los hijos y a los nietos. Los habitantes de los países ricos nos hemos acostumbrado a un elevado nivel de bienestar material y a una economía en constante crecimiento, pero no todo el mundo tiene acceso a esas comodidades. El crecimiento económico tampoco está garantizado.»

«Los territorios ascienden y caen porque las políticas económicas que resultan tentadoras a corto plazo pueden resultar un lastre para el crecimiento sostenible. Todos los países, todas las ciudades, corren el riesgo de caer en la trampa de la prosperidad: *lo que a corto plazo nos enriquece a la larga nos empobrece.*»

«Antes de que podamos entender por qué nos vemos atrapados en la trampa de la prosperidad, tenemos que definir qué entendemos por prosperidad. La medida más habitual, el producto interior bruto (PIB), no es un mal punto de partida, aunque pronto veremos cuáles son sus limitaciones. El PIB puede concebirse de tres maneras, que deberían ser equivalentes: el valor total de la producción de una economía; la suma total de los ingresos de trabajadores y empresarios; o el gasto total en consumo, inversión y gobierno, más las exportaciones (y menos las importaciones). En otras palabras, el valor de las cosas producidas a escala nacional debería ser igual al dinero que percibe la ciudadanía, que a su vez debería ser igual a lo que la población gasta en la producción nacional.»

«[...]En última instancia, una prosperidad duradera depende más de la salud y la educación de la población a largo plazo que de la renta nacional a corto plazo. Tomarnos en serio el IDH podría ayudarnos a salvar la trampa de la prosperidad y centrarnos en lo que de veras importa para el crecimiento a largo plazo.»

«[...] el PIB lleva en sí el germen de la trampa de la prosperidad. Los politólogos vienen constatando desde hace generaciones que un aumento del crecimiento económico justo antes de unos comicios incrementa las posibilidades de reelección. Esto incentiva que se subvencione la producción energética o el aumento de la capacidad militar, a pesar de que a largo plazo resulten claramente perjudiciales, pues, a fin de cuentas, “a largo plazo” significa probablemente después de las próximas elecciones. »

«La trampa de la prosperidad se dispara cuando las tentaciones cortoplacistas nos distraen de nuestras metas a largo plazo. Si la política consiste en hacer promesas con respecto al futuro, ¿qué clase de medidas, instituciones o normas pueden garantizar esas promesas? Necesitamos ideas que nos ayuden a generar riqueza y debemos aplicarlas con criterio. Y entretanto, tendremos que encontrar la manera de no cargarnos el planeta. ¿Puede ayudarnos el Gobierno a enriquecernos?»

«Para conseguir un crecimiento económico a largo plazo hacen falta instituciones políticas estables y fiables que impidan que los políticos se abandonen a las tentaciones a corto plazo para salir elegidos o, peor aún, que roben dinero público. Si necesitamos derechos de propiedad estables, tribunales honrados, educación generalizada y confianza social para que la innovación arraigue, no podemos fiarlo todo a la “magia” del mercado. Y, desde luego, no podemos depender de lugares comunes como los del “líder fuerte” que promete impulsar la economía pasando por encima de los intereses de determinados sectores: más pronto que tarde, los líderes fuertes y sin frenos acaban haciendo tratos a su conveniencia y desviando el dinero hacia cuentas suizas. Necesitamos la política. Pero ¿qué clase de política? [...]»

«[...] Volvamos al punto inicial: el cambio climático. ¿Es posible pasar de un mundo en el que los ingresos de los combustibles fósiles se utilizan de forma responsable a otro en el que esa clase de

recursos ya no se queman? [...] Podemos hacerlo prohibiéndolo, gravándolo o subvencionando alternativas. ¿Cuál sería la mejor opción? ¿Qué tipo de promesa política relacionada con la reducción de las emisiones de carbono sería más fácil de cumplir?»

«[...] Lo malo es que, al fin y al cabo, no deja de ser un impuesto. Y los impuestos son proclives a todos los problemas que vimos al hablar de la trampa de la solidaridad, los cuales podrían resumirse diciendo que a la gente no le gusta pagar por prestaciones de las que, a su juicio, no va a beneficiarse. La dificultad es aún mayor en el caso de los impuestos sobre el carbono, ya que los verdaderos beneficiarios no son otras personas, sino las futuras generaciones que aún no han nacido. Puede que tengamos ese deber ético para con ellas, pero si a la gente ya le cuesta aceptar los impuestos que le reportan un beneficio directo, se hace difícil creer que le apetezca pagar a cuenta de su descendencia. Sabemos que la cooperación medioambiental prospera a largo plazo. La pega es que seguimos siendo mortales.»

«Para escapar de la trampa de la prosperidad debemos adquirir compromisos a largo plazo, contenernos y tratar de no sucumbir a las tentaciones cortoplacistas. En ocasiones, eso implica recurrir a las instituciones, como cuando regulamos la banca con el fin de evitar que la especulación desestabilice el sistema financiero. En otras, podemos desarrollar normas que nos ayuden a centrarnos en el largo plazo: desde el toma y daca en materia militar hasta las medidas de política medioambiental recíprocas. Es posible que las promesas a largo plazo sean las más difíciles de cumplir, pero la credibilidad es el núcleo de la prosperidad.»

CÓMO HACER QUE LA POLÍTICA TRIUNFE

«**Las alternativas a la política solo pueden generar desilusión.**»

«¿Por qué fracasa la política? La política fracasa cuando creemos que podemos arreglárnoslas sin ella. Fracasa cuando no nos la tomamos en serio. Cuando intentamos reprimirla, sofocarla o proscribirla. Por mucho que lo deseemos, nuestras diferencias no van a desaparecer solas. Cualquier intento de reemplazarlas por la pureza y la claridad de una solución única o un líder carismático está condenado al fracaso, porque continuaremos discrepando pero habremos abolido la posibilidad de expresarnos o de actuar en función de esa discrepancia. »

«[...] ¿Puede triunfar la política? No siempre. Las cosas como son. Las trampas a las que nos enfrentamos son inevitables y habrá que tener los ojos bien abiertos para no caer en ellas. Vivimos en un mundo incierto, en el que las personas discrepamos y actuamos en nuestro propio interés. Pero seguimos teniendo objetivos colectivos. Y para alcanzarlos necesitamos hacernos promesas. Promesas que no podemos cumplir a la perfección. Promesas que son intrínsecamente políticas. ¿Cómo podemos trasladar esas promesas a la práctica? Tenemos que consolidarlas de algún modo, hacer que duren más que el aliento con el que se pronuncian. Tenemos que estructurar la incertidumbre. La manera de lograrlo consiste en desarrollar instituciones y normas políticas que confieran credibilidad a nuestras promesas. Las instituciones son los acuerdos formales a los que nos adherimos. No son de titanio: podemos romperlos o fingir que no existen.»

« Como es evidente, los sistemas electorales no pueden resolver todos los problemas, muchos de los cuales son de ámbito global. Para escapar de las trampas de la seguridad y la prosperidad hace falta cooperación internacional. Tropezamos aquí con una misteriosa contradicción. Resulta que lo que sirve para escapar de la trampa de la seguridad puede no ser adecuado para escapar de la trampa de la prosperidad.»

«Trozamos aquí con una misteriosa contradicción. Resulta que lo que sirve para escapar de la trampa de la seguridad puede no ser adecuado para escapar de la trampa de la prosperidad. La trampa de la seguridad internacional suele girar en torno al *ellos*: consiste en impedir que algún actor con intenciones aviesas, sea o no estatal, nos haga daño. La reciente invasión rusa de Ucrania sugiere que, para que la cooperación internacional en materia de seguridad sea creíble, tiene que ser formal e inequívoca. Es posible que Ucrania tuviera acuerdos informales de cooperación con la OTAN, e incluso que estuviera en trámites para ingresar en la organización. Pero no era un Estado miembro. [...]»

«[...] Se trata de grandes soluciones a escala nacional o internacional. Nadie por sí solo es capaz de hacerlas realidad, aunque podemos promoverlas, por supuesto: no hay que confundir las limitaciones individuales con la apatía. ¿Qué podemos hacer para aportar nuestro granito de arena? Empecé este libro hablando de la omnipresencia del interés personal. Lo primero que hay que reconocer es que el interés personal es inevitable y no algo inmoral, ni el nuestro ni el de los demás. Lo que nos impide alcanzar objetivos colectivos es que nuestros intereses individuales colisionan entre sí. Por consiguiente, en lugar de deplorar el interés personal, debemos diseñar instituciones y seguir normas que nos permitan canalizarlo. Esto quiere decir que todos nos lo deberíamos pensar dos veces antes de tachar las instituciones políticas que nos rodean de ineficaces o corruptas (¡aunque a veces lo sean!). »

«[...] este libro es un llamamiento a la comprensión. No deberíamos juzgar a la ligera a los demás por comportarse de forma interesada cuando también nosotros hacemos lo mismo sin el menor empacho. Debemos esforzarnos por resistir los cantos de sirena de los demagogos que exigen derribar nuestras instituciones y limpiar las cloacas, que piden hacer borrón y cuenta nueva pero no reconocen que la política los estará esperando al final de cada revolución. Vivimos en un mundo imperfecto, pero esas imperfecciones suelen ser la fuerza que lo mantiene unido. »

«[...] Sin embargo, cuando se trata de solucionar los más profundos y endemoniados problemas a los que nos enfrentamos como seres humanos, las promesas contingentes de la política son preferibles a las falsas promesas de los tecnólogos y los populistas. Siempre habrá disputas. Lo que hace falta es encontrar soluciones que lo tengan en cuenta, no que lo nieguen. La política no se va a acabar. Pero tampoco tiene por qué fracasar. »

PENÍNSULA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 682 69 63 61 / E: lfabregat@planeta.es